

Omaguas, primer contacto. Una cultura amazónica elusiva y el misterio de la Aparia menor

Omaguas, first contact. An elusive Amazonian culture and the mystery of the Lesser Aparia

Omaguas, primeiro contato. Uma cultura amazônica elusiva e o mistério da Aparia menor

Ferran Cabrero

Artículo de Investigación. Editor: Edgar Bolívar-Urueta

Fecha de envío: 2019-10-21. **Devuelto para revisiones:** 2020-05-20. **Fecha de aceptación:** 2020-08-19

Cómo citar este artículo: Cabrero, F. (2020). Omaguas, primer contacto. Una cultura amazónica elusiva y el misterio de la Aparia menor. *Mundo Amazónico*, 11(2), 255-275. <http://dx.doi.org/10.15446/ma.v11n2.83036>

Resumen

Los españoles y un grupo indígena, supuestamente unitario, llamado omagua, entre otros nombres, contactan en 1541 por primera vez en la historia. Lo sabemos gracias al dominico Gaspar de Carvajal, cronista de la desventura de Gonzalo Pizarro al “País de la Canela”, y luego también de la avanzada de Francisco de Orellana y 57 hombres en busca de comida (pero sobre todo de El Dorado y la gloria). Las siguientes crónicas de recorridos a lo largo del Amazonas por parte de los conquistadores europeos continúan citando un grupo con ciertas características (modelado craneal, túnicas de algodón, adornos de oro...), aunque con varias denominaciones y en lugares distintos, lo que dificulta su comprensión unitaria. Por medio de la revisión de las primeras crónicas (S. XVI hasta mediados del S. XVII), y de investigaciones modernas donde se ha tratado la temática hasta hoy, se hace una aproximación crítica a una supuesta cultura omagua en la Amazonia con gran población y aspectos sociales de cacicazgo. En arqueología, los omaguas históricos han sido vinculados a la Fase Napo (parte de la Tradición Polícroma Amazónica), cuya extensión, a partir de las últimas investigaciones, es mayor a lo que se pensaba. Igualmente, se apunta la posible confirmación de la existencia de la capital de la Aparia menor, morada de un gran cacique, tal y como consta en las primeras crónicas.

Palabras clave: Cacicazgos; etnohistoria; arqueología amazónica; Fase Napo; Tradición Polícroma Amazónica.

Profesor investigador de la Universidad Estatal Amazónica (UEA); doctor en arqueología prehistórica, diplomado en estudios culturales, y sociólogo; con interés en arqueología amazónica, gestión cultural, y movimientos sociales. Ha coordinado informes de Naciones Unidas, y publicado varios libros y artículos científicos. fcabrero@uea.edu.ec

Abstract

The Spaniards and a supposedly unitary indigenous group called Omagua, among other names, contacted in 1541 for the first time in history. We know this thanks to the Dominican Gaspar de Carvajal, chronicler of the misfortune of Gonzalo Pizarro to the “Country of the Cinnamon”, and later also of the advance of Francisco de Orellana and 57 men in search of food (but especially of El Dorado and glory). The following chronicles of travels along the Amazon by the European Conquistadors continue to cite an indigenous group with common characteristics (cranial modelling, cotton tunics, gold ornaments...), although with several denominations and in different places, which makes it difficult to understand them as a unity. Through the review of both first chronicles (16th century until mid-17th century) and modern research where the subject has been dealt with up to now, a critical approach is made to a supposed Omagua culture in Amazonia with a large population and social aspects of chiefdom. In Archaeology, the historical Omaguas have been linked to the Napo Phase (part of the Amazon Polychrome Tradition), the extent of which, based on the latest research, is greater than previously thought. Likewise, the possible confirmation of the existence of the capital of the Lesser Aparia, home of a great cacique, as recorded in the first chronicles, is noted.

Keywords: Chiefdoms; Ethnohistory; Amazonian Archaeology; Napo Phase; Amazonian Polychrome Tradition.

Resumo

Os espanhóis e um grupo indígena, supostamente unitário, chamado omagua, entre outros nomes, entraram em contato em 1541 pela primeira vez na história. Sabemos disso graças ao dominicano Gaspar de Carvajal, cronista da desventura de Gonzalo Pizarro ao “País da Canela”, e depois também do avanço de Francisco de Orellana e 57 homens em busca de comida (mas especialmente de El Dorado e a glória). As seguintes crônicas de viagens pela Amazônia pelos conquistadores europeus continuam a citar um grupo indígena com características comuns (modelagem craniana, túnicas de algodão, ornamentos de ouro...), embora com várias denominações e em diferentes lugares, o que dificulta o seu entendimento como uma unidade. Através da revisão das primeiras crônicas (S. XVI até meados de S. XVII) e das investigações modernas em que o assunto foi tratado até hoje, é feita uma abordagem crítica a uma suposta cultura omagua na Amazônia com grande população e aspectos sociais do cacicado. Na arqueologia, os omaguas históricos foram vinculados à Fase Napo (parte da Tradição Policroma da Amazônia), cuja extensão, com base nas pesquisas mais recentes, é maior do que se pensava. Da mesma forma, nota-se a possível confirmação da existência da capital da Aparia menor, morada de um grande cacique, como aparece nas primeiras crônicas.

Palavras chave: Cacicazgos; etnohistória; arqueologia amazônica; Fase Napo; Tradição Policroma da Amazônia.

Introducción

El objetivo de este artículo es aproximarse críticamente a la antigua y supuesta cultura omagua, quizás la “mayor y más dilatada provincia” del Amazonas, según Acuña, a la llegada de los españoles, mediante revisión de las crónicas del siglo XVI hasta mediados del XVII, y en contraste con las investigaciones donde se ha tratado la temática hasta hoy. Se propone tentativamente el significado del nombre, la extensión del territorio que podría haber abarcado dicho pueblo cuando el primer contacto, incluyendo la ubicación exacta de la capital de la “Aparia menor”; además se discute su vinculación con la Fase Napo en arqueología, de más extensión de lo que previamente se pensaba, lo que sugeriría un patrón de asentamiento más diverso.

Así, en el texto se aborda la descripción que se hace sobre este pueblo destacado y hasta mítico, los “cabeza chata” (modelado craneal), que llevan túnicas de

algodón en el calor de la selva, van adornados con narigueras y orejeras de oro, tienen un dios, una cerámica polícroma sin igual; excelentes canoeros, que utilizan la “estólica” (propulsor o lanza dardos) como arma característica, escudo, tienen esclavos y por consiguiente parecieran contar con una organización socio-política visiblemente compleja, con jefes o caciques cuyas órdenes son más o menos obedecidas. Son despiertos, orgullosos y guerreros. A diferencia de “los salvajes” de tierra adentro, desnudos y sin autoridad política aparente, son apreciados por los españoles, quizá porque son vistos como más próximos al ideal de civilización que traen consigo. Los primeros conquistadores constatan la presencia de este tipo indígena básicamente en tres lugares: la parte navegable del río Coca, el tramo central del Napo y el medio Amazonas (posiblemente en dos lugares distintos), identificándolos aparentemente como una sola cultura. A dos décadas del “descubrimiento” del Amazonas, los “omaguas” ya quedan registrados en el mapa de Diego Gutiérrez y Hieronymus Cock (1562) (figura 1).

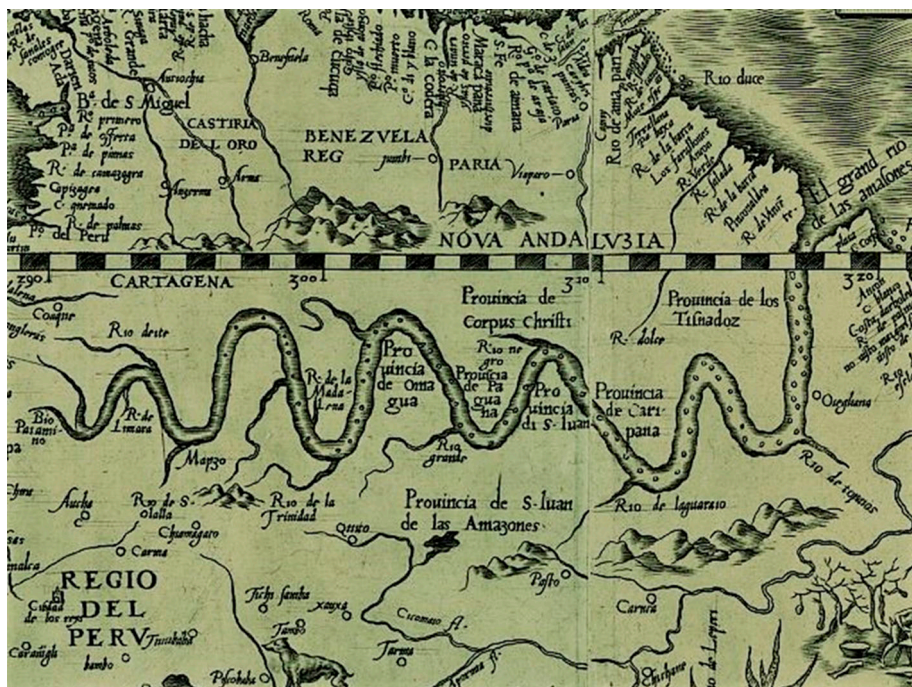


Figura 1. “Provincia de Omagua” en el medio Amazonas. (Detalle de *Americae Sive Quartae Orbis Partis Nova Et Exactissima Descriptio*, de Gutiérrez y Cock, 1562).

En referencia a los omaguas cabe subrayar aquí el artículo de Oberem (1981 [1961]), específicamente sobre los “Omaguas del Río Napo”, así como la ponencia de Myers (1989) sobre los omaguas del Amazonas: “[...] el pueblo más poderoso del Amazonas central cuando los europeos invadieron América”

(*ibíd.*, p. 1; traducción propia). También cabe destacar cuando aparecen como parte de estudios más amplios (Métraux, 1948; Meggers, 1971; Grohs, 1974; Porro, 1981; Chaumeil y Fraysse-Chaumeil, 1981; y Wilson, 1999) o citados reiteradamente (Lathrap, 2010 [1970]). Respecto a las crónicas y documentos etnohistóricos ha habido por lo menos dos posiciones marcadas. Para Steward, Lowie, y Meggers tienen escaso valor, pues gran parte de ellas serían inventadas, aunque en algunos casos no dejen de usarlas.¹ Lathrap, Denevan y Myers, en cambio, suelen dar más importancia a estos textos con lo que, por ejemplo, suelen elevar el número de personas en la Amazonía prehispánica y otorgan al pasado mayor complejidad social.

Las crónicas

Las primeras crónicas de que disponemos sobre el trayecto a lo largo del Amazonas y donde se citan a los omaguas son, en primer lugar, la del dominico Gaspar de Carvajal (s.f.), quien acompañó a la expedición de Francisco de Orellana, río Napo abajo, luego de que éste y 57 hombres (los “amazonautas”) dejaran el grueso de la expedición de Gonzalo Pizarro en busca del País de la Canela (“los caneleros”) para intentar conseguir comida (y hallar El Dorado), continuando el recorrido hasta el Amazonas y el Atlántico (1541-42). De esta expedición también cabe citar la carta de Gonzalo Pizarro (1542) al rey de España, y la de Francisco de Orellana (1543) al Consejo de Indias, y los documentos del escribano oficial de este último: Francisco de Isásaga. Posteriormente están las crónicas de Francisco Vázquez (1562) y de Pedrarias de Almesto (1562), especialmente, así como las de Custodio Hernández, Pedro de Munguía, Gonzalo de Zúñiga, Juan de Vargas Zapata, otro autor que dice ser hijo de Juan Pérez, y el capitán Altamirano, que narran el trayecto y los acontecimientos de la expedición de “los marañones” a El Dorado (1560-61), dirigida en principio por Pedro de Ursúa (nombrado “gobernador de Omagua y El Dorado”), y luego por Lope de Aguirre (en cuyo recorrido quizás se descubre el caño Casiquiare). De los textos escritos a partir de testimonios se cita la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez (1545, 1565), y la de Toribio de Ortiuguera (1585).

En segundo lugar, están las crónicas hasta mediados del siglo XVII: la del jesuita Cristóbal de Acuña (1641; con una posible versión anterior incluyendo un mapa donde se llega a descifrar la palabra “Maguas”, cf. Burgos Guevara, 2005), y posteriormente la del franciscano Laureano de la Cruz (1651), pionero en la empresa misionera entre los omaguas del Amazonas. Hay que recordar que en la época hay más recorridos que crónicas. Aparte de la bajada desde Quito y el Napo de los franciscanos Laureano de la Cruz y Juan de Quincoces en 1647, cabe citar aquí la de Brieva y Toledo en 1636-37 (franciscanos que “redescubren” el Amazonas después de setenta y cinco años de ocultamiento por razones geoestratégicas);² y el recorrido inverso de Pedro Teixeira en 1637-39, guiado por Brieva, y que alarma a la Corona española por la audacia

de que los portugueses lleguen hasta Quito desde el Atlántico en lo que es el primer recorrido río arriba (Acuña regresa con Teixeira río abajo en 1639, a partir de lo cual escribe su crónica).

No hay que dejar de apuntar que el Inca Huayna Capac incursiona en territorio amazónico y contacta con nativos que parecen omaguas (Oberem, 1981 [1961], p.362; citando a Ortiguera), y que hay varias expediciones españolas del siglo XVI que pudieron haberlos visto. En 1535-36 Alonso de Alvarado incursiona al Este de los Andes en busca de la “ciudad dorada”; es decir, el mítico El Dorado asociado a los omaguas. En 1538-39, Gonzalo Díaz de Pineda (teniente del gobernador Sebastián de Benalcázar) es el primero en entrar en territorio de los quijos, indígenas en ceja de selva intermediarios entre las culturas de la selva y los señoríos andinos y el incariato, e informa que más allá “se hallavan tierras muy ricas, adonde andavan los hombres armados de piezas y joyas de oro, y que no había sierra ni montaña” (Bayle, 1961 [1995], pp. 237-238). En los mismos años, más al sur, Alonso de Mercadillo dirige una expedición por el Marañón descubriendo para los europeos a los maynas, y luego, presumiblemente a los grupos machiparos (machifaro, machifalo, machaparo), que luego Carvajal cita en el actual Amazonas más abajo. En todo caso, el cronista de la expedición de Mercadillo, Diego Nuñez, fortalece la idea de un El Dorado en la gran hoya amazónica (Chaumeil y Frayse-Chaumeil, 1981, p. 62; véase en extenso Drumond, 1950). Igualmente, de interés para el caso, está el periplo de Juan de Salinas Loyola, que descubre el Ucayali en 1557 y quien quizás contacta con antiguos omaguas.³ Años más tarde (1630), se cita a los omaguas en las entradas de Alonso de Miranda (Newson, 1996, p.22).

Análisis y discusión

De acuerdo con las primeras crónicas, a lo largo del río Napo y el Amazonas parece que existió una cultura con características sociales de cacicazgo llamada “omagua”, entre otros nombres. ¿Eran nombres a partir de la auto identificación, o bien dados por otros? A excepción de Vázquez y Almesto, el nombre más usado en las crónicas, especialmente por Acuña, de la Cruz, y relatos posteriores, es “omagua”. En una carta de 1603, el jesuita Rafael Ferrer los cita reiteradamente como “humaguas” (Burgos Guevara, 2014).⁴ No hay traducción fiable o consensuada de la palabra, solo suposiciones a partir de los nombres “dados”.⁵ Hervás y Panduro apunta a la costumbre de modelarse la cabeza: “uma” de “cabeza” en “kichua”, y “ahua” de “gente” o “persona” en el idioma de los propios omaguas (cf. Espinosa, 1935, p.16). En su monografía de principios del siglo XX sobre los tupí del oriente peruano, Espinosa (1935) se decanta por la posibilidad de que provenga de “ver gente” o “gente espía” (p. 14), (“om-awa” de acuerdo con sus vecinos cocamas, también tupi-guaraní, con quienes no se han de excluir disputas). Teniendo en cuenta los vínculos entre el mundo

andino y amazónico, aquí también se apunta a que sea una palabra en el “idioma del inca” (quechua, kichua, kichwa), haciendo referencia a cabeza (“uma”) y alta (“ahua”), en el sentido simbólico de autoridad o jerarca. Otra posibilidad no excluyente, siguiendo a Acuña (1891 [1641], p.115) sería que el nombre original (no “dado” por otros) fuera sólo “agua”, “ahua”, “awa” (gente en tupi-guaraní). Nótese que “gente” es un apelativo común de auto identificación en las culturas pre colombinas. Cabe subrayar que en el Brasil colonial los omaguas eran llamados cambebas (de akang, cabeza, y pewa, chata), entre otras variantes: campeba, cambela, canga-peba (Métraux 1963[1948], p.689).

En las primeras crónicas se habla de que tienen la cabeza achatada y alargada, es decir, modelado craneal (sólo citan esta característica Acuña y de la Cruz). Se dice que van vestidos con túnicas de algodón (Pizarro, en su carta al rey; Carvajal, Vázquez, Almesto y Ortiguera; y Acuña y de la Cruz ya en el siglo XVII). Se apunta que llevan orejeras, narigueras y patenas de oro (queda registrado por todos menos por de la Cruz). Los cronistas también subrayan otras características que parecen propias del omagua como grupo diferenciado: son guerreros (uso de *estólica*, como dicen Vázquez, Ortiguera, y Fernández de Oviedo y Valdez), y tienen esclavos (Acuña).

En cuanto a su delimitación geográfica, a decir de Acuña (1891 [1641]): “Tiene esta provincia de longitud más de doscientas leguas, continuándose sus poblaciones tan á menudo, que apenas se pierde vna de vista, cuando ya se descubre otra [...]” (p.115). En primer lugar, estarían los llamados “omaguas yeté” (u “omaguas verdaderos”),⁶ “parianas”, “aricanas” (más tarde “arianas”, en Fritz).⁷ Grohs (1974), siguiendo documentos etnohistóricos y a Oberem (1981 [1961]), apunta que Gonzalo Pizarro y sus hombres (incluyendo Orellana) contactan con ellos por primera vez hacia fines de 1541 en la parte navegable del río Coca (p. 21). Aparecen como magníficos canoeros, y eran: “Gente de razón que comían pan y vestían de algodón” (Oberem, 1981 [1961], p.359, citando al cronista Francisco López de Gómara). Seguramente el poblado estaba cerca de la desembocadura del río Dashiño al río Coca (poco después del volcán Reventador). Chaumeil y Fraysse-Chaumeil (1981) apuntan a un territorio de 50 leguas (unos 275 km) a partir del primer pueblo bautizado como “El Barco”, donde “los caneleros”, los españoles que buscan “el País de la Canela” dirigidos por Pizarro (antes de la escisión de Orellana), construyen el primer bergantín (p. 80).⁸ Entre los funcionarios del siglo XVI que visitan o citan este grupo indígena están: Contero, Villamor Maldonado, Diego de Ortégón, Ordóñez de Ceballos, Rodrigo de Miño, Mateo Sánchez y Juan de Ribera (citas extensas en Oberem, 1981 [1961], 360-364). De acuerdo con estos últimos contactos se sabe de ellos entre los ríos Payamino, Coca y Aguarico. A principios del siglo XVII parte de ellos se trasladan al río Suno forzados por los encomenderos de la zona de los quijos, y luego se escapan al curso alto del río Tiputini y al Amazonas (Oberem, 1981 [1961], pp.368-369).

En segundo lugar, está la Aparia menor del viaje de Orellana, los omaguas del Napo que luego, curiosamente, no aparece en las siguientes crónicas, donde se dan nombres de otros grupos en el mismo territorio (especialmente “encabellados”, es decir, tucano occidentales: sionas, secoyas; y abijiras, de lengua zaparoana). Ya separados de Pizarro, a los nueve días río abajo, la expedición de Orellana se encuentra la nación “de indios” irimarays (Fernández de Oviedo y Valdez, 1992 [1565], p.143), es decir, con el pueblo de Ymara (*ibíd.*, p.144), o de Aparia, Aparian o Parian (Carvajal 1958 [s.f.], p. 24), en referencia al cacique que les recibe y quien “trujo consigo otros tres o cuatro señores” (Carvajal, 1958 [s.f.], p.22) de los 13 que hay en “aquella tierra”. Siguiendo con Carvajal: “venían con sus joyas y patenas de oro” (p. 24). Para Oberem (1981 [1961]), esta identificación de “Aparia” es el indicio más significativo para identificarlos como omaguas (p.371).⁹ Aquí los “amazonautas” hacen dos mil clavos. De nuevo en el río, a eso de 20 leguas avistan el poblado de Irrimorrany o Irimara, “un principal señor” (Carvajal, 1958 [s.f.], p.26), en un río que entra por la derecha, donde los conquistadores no pueden atracar debido a la fuerte corriente. Luego, “todo lo demás era desierto” (*ibíd.*, p.27), y “quemadas las casas por mandado del señor ques dicho” (Fernández de Oviedo y Valdez, 1992 [1565], p.145). ¿Era ese pueblo, quizás en la desembocadura del río Curaray, la capital de la Aparia menor?

A diferencia de la mayoría de investigadores, Lathrap (1972) considera que el centro de la Aparia menor no debía estar cerca del Curaray, sino del río Aguarico (desembocadura al Napo por la izquierda mucho antes) (p.17). Esto puede venir de un equívoco. En la crónica de Gaspar de Carvajal, así como en las cartas de Pizarro (1542) y de Orellana (1543), hay que tener en cuenta que la ubicación de los primeros pueblos en el Napo tiene que ver con dar veracidad o no a la exculpación de Orellana ante el Consejo de Indias de que no pudo remontar el río y unirse de nuevo a la expedición de “los caneleros” por encontrar aguas torrentosas. A veces se puede interpretar que la situación se dio en la desembocadura del Aguarico, cuando en realidad debió ser más abajo, en la del Curaray que, además, como se dice, entra al Napo “por la diestra mano” (Carvajal, 1958 [s.f.], p. 26).

En tercer lugar, está la Aparia mayor (omaguas del Amazonas, de las Islas, o de Aparia el grande, o gran señor Aparia) que, con varios pueblos, sería el principal territorio omagua. De acuerdo con Grohs (1974), en el siglo XVI Orellana los encuentra a unas 40 o 50 leguas (unos 250 km) al este de la desembocadura del Napo en el Amazonas y hasta un poco más allá de la desembocadura del río Putumayo/Içá (p. 24). Las proximidades de la actual Leticia (colindante con Tabatinga, ya en Brasil) sería su asentamiento mayor, donde Orellana fue visitado por 26 caciques, que le agasajaron con alimentos. Aquí los “amazonautas” construyen el segundo bergantín (Carvajal, 1958 [s.f.], p.32). Chaumeil y Fraysse-Chaumeil (1981) apuntan también esta ubicación cuando dicen que su territorio se extendía desde un poco más abajo

de la boca del Napo hasta la del Putumayo, y cuyo pueblo principal estaría entre Pebas y Leticia (p. 82). Después vendría el cacicazgo de los machifaro o machiparo que, aunque también tiene mucha población, sus habitantes van desnudos y no llevan oro. Entre estas dos grandes naciones existe una *buffer zone*, seguramente necesaria como amortiguamiento entre dos grupos en conflicto, de acuerdo con DeBoer (1981), o bien un espacio que se dio luego de las primeras epidemias, de acuerdo con Myers (1976, 1989). Luego de pelearse con los machiparos, hacia mediados de mayo los “amazonautas” llegan al “señorío y tierra de Omagua” de acuerdo con Carvajal (1958 [s.f.], p.50), también citada como “Oníguayal” y “Omaguci”, antes del señorío de Paguana. Métraux (1963 [1948]) duda de que esta colonia luego del río “Trinidad” (¿el actual Juruá?), sea parte de los “omaguas históricos” (p.689).¹⁰ Quizás sean yurimaguas. En esta región está el pueblo de la “loza”: “[...] la mejor que se ha visto en el mundo, porque la de Málaga no se iguala con ella” (Carvajal, 1958 [s.f.], p. 51).

Veinte años más tarde son designados como Casari-Maricuri a partir de la isla poblada bautizada como “Isla de García de Arce” en la boca del Napo o río de la Canela (Vázquez, 2007 [1562], p.62): “[...] andan vestidos de camisotas de pincel labradas, las casas son cuadradas y grandes [...]”.¹¹ Casari-Maricuri corresponderían a dos pueblos de una misma “provincia”: “Son todos estos indios amigos y confederados” (*ibíd.*, p. 65). En 1561, el mayor poblado de esta “provincia”, unas 50 casas, estaría en la boca del Putumayo (Myers, 1989, p. 7).

Finalmente, en todo este intento de interpretación geográfica, aparte de las anotaciones fantasiosas o interesadas, cabe subrayar aquí la dificultad añadida de los cronistas cuando llegan al Amazonas, donde la distancia entre una orilla y otra es tan grande que no se puede apreciar o describir bien lo que se avista. Véase en la figura 2 un resumen visual de las distintas interpretaciones de esos datos por parte de los investigadores modernos, con el desafío adicional de mostrar o no las distintas ubicaciones de los supuestos “omaguas” entre los siglos XVI (mayormente tres zonas) y XVII (desaparece la Aparia menor y la colonia luego del “Trinidad”).¹² En el siglo XVIII, luego de una fugaz expansión, se concentrarán en las islas y luego en las “reducciones”.

La población de los omaguas yeté iría de los 10 000 (Newson, 1996, p.10) en el siglo XVI a los 400-500 a principios del XVII (Oberem, 1981[1961]); la de la Aparia menor sería de unos 15 000 (Newson, 1996, p.10); y la de la Aparia mayor, entre los 20 000 – 25 000 según Sweet (1969, p.103), los 20 000 que anota Hemming (1978, p.501), los 16 000 de acuerdo con Steward (1949, p.662), y los 4 000 - 7 000 que calcula Grohs (1974, p. 25) a partir de los 34 poblados que cita el misionero Laureano de la Cruz, gran parte en islas (por ejemplo, “Piramota” / “San Pedro de Alcántara” llegaba a 28 casas, 330 personas). Los casi dos millones (1 974 950) de Myers (1989, p. 12) para los

omaguas puede verse como una cifra exagerada, aunque otros investigadores no toman en cuenta las epidemias tempranas, como la de la gripe de 1558-1559, y la de la viruela de 1649 (*ibíd.*, pp.9-22), ni las anteriores al contacto: “Antes de la entrada de Orellana en 1542, hubo por lo menos cuatro brotes de peste en las márgenes del Amazonas (1504, 1522, 1526-7 y 1531)” (Myers, 1988a, p.63). En todo caso, cuando llegan los españoles, esta cultura multi localizada tendría decenas si no centenares de miles de habitantes.

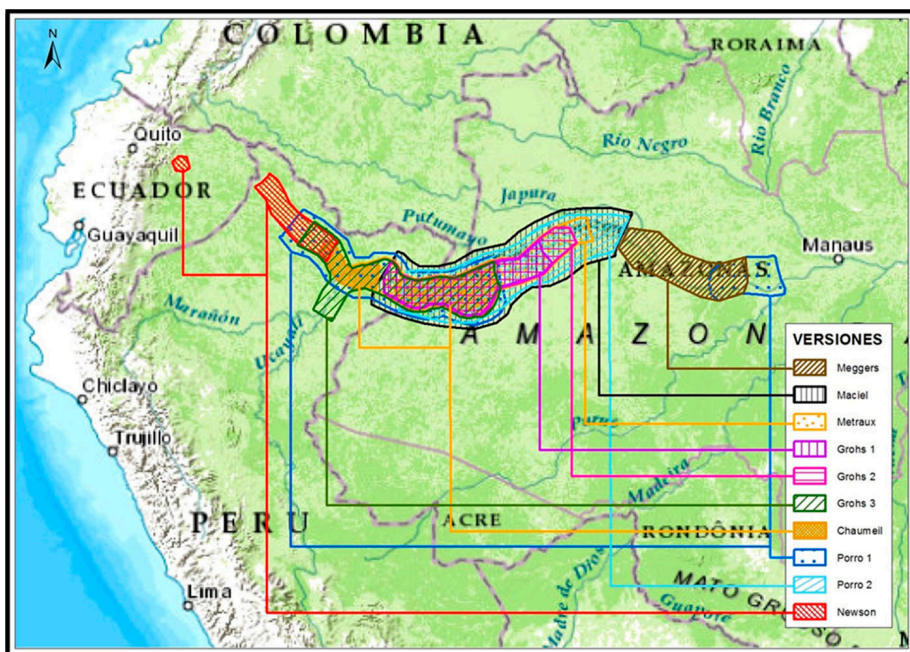


Figura 2. Distribución geográfica estimada de la cultura omagua histórica de acuerdo con distintos autores y épocas: siglo XVI hasta mediados del XVII. (Cabrero / Olmedo a partir de Meggers, 1971; Maciel, 2003; Métraux, 1948; Grohs, 1974; Chaumeil y Fraysse-Chaumeil, 1981; Porro, 1981; y Newson, 1996).

El modo de producción de los supuestos omaguas incluía cultivos de yuca y maíz, manufacturas como cerámica, cestería, ropa y hamacas, así como ornamentos con plumas. Teniendo en cuenta las dos estaciones de la várzea, una de abundancia y la otra de escasez, cuando la crecida (impredecible), se requería la conservación y almacenamiento de alimentos vegetales y animales, y una división del trabajo para explotar intensivamente “las fuentes de alimentos que están disponibles en forma simultánea” (Meggers, 1999 [1971], pp.202-203). De acuerdo con los primeros cronistas, los habitantes de la várzea almacenaban maíz y galletas (hechas con mezcla de maíz y yuca, similar a lo que hoy se conoce como *casabe*), grandes cantidades de pescado asado, manatíes y carne de caza, tortugas en corrales, todo como excedente

para la época de crecida. Vale la pena subrayar que Acuña (1891 [1641]) cita que contaban con esclavos, a los que se tenía en mucha estima “[...] cobrándoles tanto amor, que comen con ellos en vn plato [...]” (pp.119-120), lo que es un indicador de estratificación social y aquí, por ende, de cacicazgos. Ferrer dice que tienen un “dios” (Burgos Guevara, 2014, p.128).



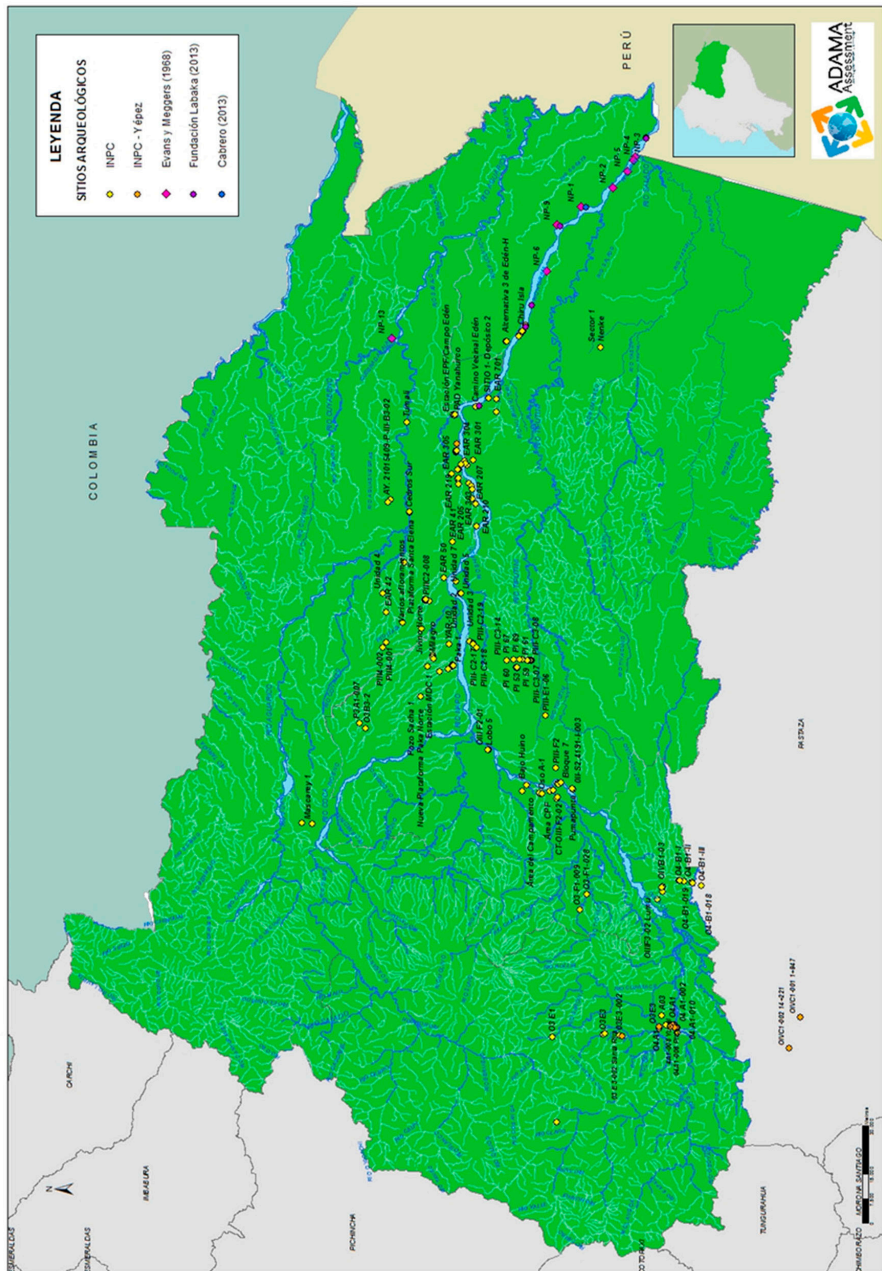
Figura 3. Detalle de dos piezas, y fragmento de arqueología de rescate, Fase Napo, parte ecuatoriana del río; más fragmento en la confluencia con el Curaray, Napo peruano. (Granja para las dos piezas del CICAME/MACCO; Salazar y Ochoa para el fragmento Campo Edén Yuturi, Bloque 15, INPC; Cabrero para el fragmento en la junta de ríos).

¿Pero cómo podemos tener mayor certeza de la existencia y distribución de una supuesta cultura omagua antigua, de un gran cacicazgo o confederación omagua? Aparte de los textos etnohistóricos ya citados, la única posibilidad es remitirse a las investigaciones arqueológicas, a pesar de sus limitaciones. La Fase Napo (Tradición Polícroma Amazónica), caracterizada por sus vistosos colores, incisos, excisos, y dibujos geométricos ondulantes (figura 3), con sólo 3 fechas radiocarbónicas entre los siglos XII y XV (Evans y Meggers, 1968), es la que según Lathrap (2010 [1970]) se ha asociado especialmente a los antepasados de los “omaguas históricos”: “[...] las cerámicas Caimito y Napo son de hecho la herencia de los antepasados de los Cocama y Omagua históricos” (p.185). A diferencia de Evans y Meggers, que interpretan la crónica

de Carvajal en el sentido de que el río Napo, hoy en zona ecuatoriana, estaba deshabitado, y no están seguros de la fecha más tardía (1480 d.C.; SI-299; del sitio N-P-3, en Nuevo Rocafuerte), Lathrap confía en que esa parte del Napo y afluentes, el Aguarico y el Tiputini, estuvo habitada efectivamente por este grupo tupí-guaraní desde 1100 d.C. hasta 1700 d.C., añadiendo: “*El reino de la Aparia menor floreció hacia 1150 d.C.*” (Lathrap, 1972, p.19; traducción propia). Junto con la Fase Napo, Brochado (1989, p. 76) también asocia las Fases Zebu (Bolian) y “Yanayacu” a los omaguas. Igualmente, según Hilbert (sistematización en Belletti, 2015), otras Fases polícromas como Pirapitinga, São Joaquim y Tefé dan fechas correlativas entre los siglos XIII y XVI. Esto indica que en el medio Amazonas pudo estar la Aparia mayor (su capital, quizá, en la boca del Putumayo). “El reino de Aparia el Grande fue establecido luego de 800 d.C.” (Lathrap, 1972.).

Aunque esta propuesta haya que tomarla con precaución, como se verá más adelante, la dirección del movimiento y el asocio cultura arqueológica y grupo étnico pueden parecer acertados; más aun teniendo en cuenta el supuesto *ethos* belicoso expansionista asociado al tronco tupí (Noelli, 2008; Moraes y Neves, 2012), incluyendo a los omaguas (Métraux, 1963 [1948], p.700). Myers es de la misma opinión al vincular Miracanguera/tupí/omagua-cocama (1988b, p. 73). Aun sin nuevas fechas de C14 en el río Napo, investigaciones más recientes arrojan datos sorprendentes.

En primer lugar, están los resultados de la arqueología de rescate en la parte del Napo ecuatoriano (203 puntos, la mayor parte geo-referenciados, entre sitios, *non-sites* y casuales), desde la década de 1990 en adelante, que apuntan a que esta Fase tiene una extensión mayor de lo que se pensaba (Cabrero, 2014a). Asimismo, el patrón de asentamiento de los supuestos omaguas, generalmente lineal, iría más allá del patrón ribereño en los grandes ríos para adentrarse en ríos secundarios como el Suno, y en zonas inter-ribereñas y hasta de ceja de selva hacia el Occidente de la Alta Amazonía ecuatoriana, con una gran concentración hasta 800 m.s.n.m (Cabrero, 2014b, p.395; figura 4). Recientemente se presentaron evidencias de *terra preta* en las inmediaciones del río Napo (Mosquera, 2017) lo que, junto con la recurrencia de material cerámico, sería un *proxy* para identificar sitios arqueológicos con gran población. En segundo lugar, están las prospecciones arqueológicas en la parte peruana del río, en la segunda década del siglo XXI. Entre los 14 sitios identificados recientemente (Cabrero, 2019), cabe subrayar su alta concentración en la boca del Curaray, donde las fuentes etnohistóricas apuntarían a la ubicación del centro de la Aparia menor (figura 5). ¿Se está ante el descubrimiento de la capital de la Aparia menor?... Es probable, pues concuerda, además, con la mayor densidad de población en esta zona (Newson, 1996, p.12); pero hace falta más evidencias, estratigrafía y fechados, teniendo en cuenta que gran parte de los restos hoy deben ser “subacuáticos”, como lo atestiguan hallazgos recurrentes en la zona reportados por operarios de



© Cabrero (2013) en base a datos primarios del INPC, fuentes secundarias de Yépez (2000), datos de Fundación Labaka, y del estudio de Evans y Meggers (1968), con la elaboración informática de ADAMA Assessment.

Figura 4. Hallazgos arqueológicos de la Fase Napo en Ecuador. (Cabrero a partir de informes de arqueología de rescate del INPC; INPC-Yépez; Evans y Meggers, 1968; Fundación Labaka, 2013).

dragas. Lo mismo se podría decir para la Aparia mayor y su capital probable en la boca del Putumayo. La dificultad en identificar sitios arqueológicos de los supuestos omaguas continúa siendo el curso del río, el “gran huaquero”, en el sentido que ha erosionado las riberas donde se asentaban las antiguas poblaciones, así como cambiado la ubicación o hecho desaparecer islas enteras, también habitadas tradicionalmente por estos grupos.

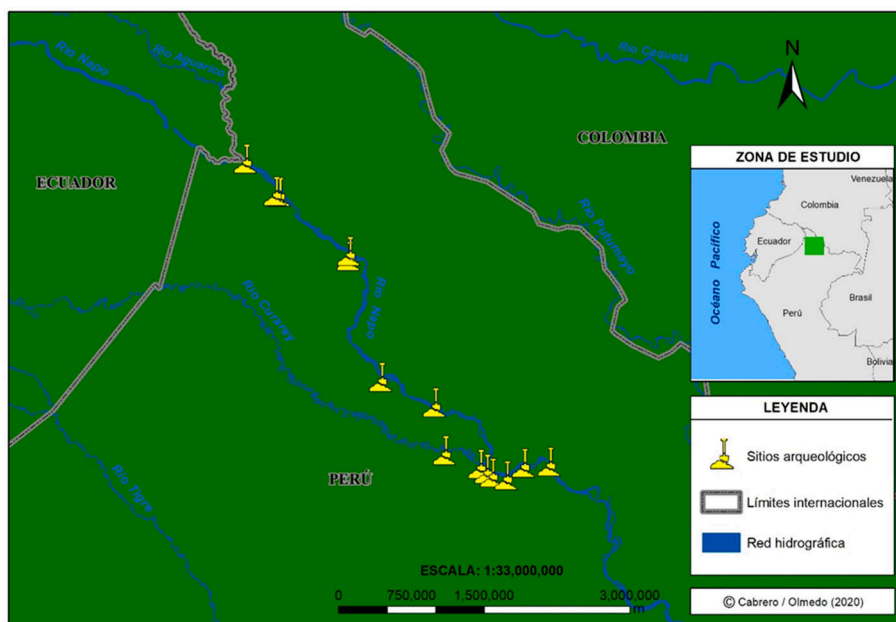


Figura 5. Fase Napo en el curso medio del río (zona peruana) y concentración de sitios. (Cabrero / Olmedo).

Finalmente, continuando con los hallazgos arqueológicos más recientes, cabe citar el estilo cerámico Orán acanalado y polícromo, en Orán (cerca de Pebas), en el Amazonas, seguramente donde se hallaba la antigua reducción de San Joaquín de Omaguas en 1693 (Rivas Panduro y Myers, 2005, p.7). Rivas Panduro (2015) también se aventura a citar unos fragmentos polícromos provenientes de arqueología de rescate urbana, en Iquitos, como posiblemente “omaguas”. Sin embargo, la correlación cultura arqueológica - grupo étnico siempre es compleja. El comercio o trueque puede ubicar una cerámica en un sitio donde se hablan otras lenguas y/o se utilizan otros tipos cerámicos, o puede ser directamente elaborada y usada indistintamente por pueblos con distinta lengua y cultura, sin obviar que las relaciones exogámicas introduzcan nuevos tipos cerámicos en un mismo contexto lingüístico cultural. Un ejemplo de complejidad es el sitio El Zapotal en la Reserva Nacional Pacaya Samiria (Perú) excavado por Morales Chocano (2002) y donde se podría llegar a evidenciar un proceso de interculturalidad entre los hablantes prehistóricos

de lengua tupí-guaraní (omaguas, cocamas) y pano (shipibos) a partir del análisis cerámico y de patrones de asentamiento. En esta misma línea, Belletti (2015, p. 346), que entiende la Tradición Polícroma Amazónica como estilo tecnológico (véase Chilton, 1999), acaba apuntando en su estudio una idea que planea desde hace tiempo en la región: Por las dinámicas poblacionales del pasado amazónico, un grupo lingüístico no puede ostentar por sí solo la producción y uso de un determinado conjunto de características tecnológicas.

Si la Tradición Polícroma Amazónica, con Fases muy parecidas, se da por varios siglos a lo largo del Amazonas, y en afluentes como el Napo, Madeira y Negro, en lugares donde los cronistas no citan a los supuestos “omaguas”, ¿cómo se puede validar dicho asocio? En un artículo reciente, Arellano (2018) apunta incluso a que cierto corrugado del Napo (el nuevo estilo del falso corrugado) correspondería a los omaguas históricos. Estos cuestionamientos y nuevas propuestas llevan a preguntarse si los omaguas antiguos realmente existieron como se podía entender hasta ahora: grupo unitario tupí-guaraní belicoso con cerámica policroma que se extendía en una zona muy extensa cuando la llegada de los españoles. Más allá de las aproximaciones esencialistas e instrumentalistas, en antropología está el constructivismo. Como lo apuntaba Barth (1976 [1969]), la “etnicidad” se construye continuamente de acuerdo con el hábitat, el contexto social y las interacciones, y se concreta y define siempre en contraposición a otras identidades. No es tanto o sólo que haya una suma de diferencias “objetivas” entre los grupos humanos, sino que se debe subrayar aquellas que los actores consideran significativas. Además, lo importante es contextualizar el proceso: comprender cómo y cuándo surge una identidad “étnica”. Si bien para el caso de los omaguas hasta hace poco no se discutía su existencia como un todo independientemente del período histórico o zona, en los últimos años parece darse lo contrario: se la pone en duda. Si para Mora (2006) solo son “un mito en la ‘tradición’ antropológica” (p. 129), para Vidal (1993) son más bien una confederación regional o cacicazgo multiétnico, bajo el nombre de Oníguayal, lo que Whitehead (1994) también llama macro-sistemas político-económicos amerindios; y de forma similar para Oliveira Souza (2014, p. 180) representaron diferentes grupos, a los que los conquistadores (ya fueran españoles o portugueses, misioneros o militares) proyectaron categorías de acuerdo con sus intereses.

Conclusiones

A partir de la revisión de las crónicas del siglo XVI hasta mediados del XVII, y su contraste con las investigaciones donde se ha tratado la temática hasta hoy, incluyendo la disciplina arqueológica, no se cuenta con suficientes elementos para identificar claramente una cultura omagua unitaria entre el alto Napo y el curso medio del Amazonas. Los cronistas no informan de las mismas características para una posible cultura, ni de un mismo nombre,

que en muchos casos puede ser “dado”. El único marcador cultural en el que casi parece haber consenso es en que estos grupos (omagua, omaguasyeté, Cararis...) llevaban ropas de algodón y joyas de oro, asociadas al mítico El Dorado. Teniendo presente que las primeras epidemias llegan mucho antes que sus portadores europeos (posiblemente despueblan la mayor parte de lo que hoy es el Napo ecuatoriano), se evidencia tres zonas importantes o territorios supuestamente omaguas en el siglo XVI: afluentes navegables del Napo como el curso bajo del río Coca y zonas adyacentes (omaguas yeté); el curso medio del río Napo, siendo importantes las confluencias del Aguarico y el Curaray (Aparia menor) y, finalmente, desde la confluencia del Napo con el Amazonas hasta un poco más allá de la desembocadura del río Putumayo (Aparia mayor). A mediados del siglo XVII los supuestos omaguas del Coca y los del Napo parecen haberse retirado a zonas más aisladas (Tiputini, Putumayo) o haberse juntado con los omaguas del Amazonas, y éstos haberse concentrado en la desembocadura del Putumayo/Içá y cercanías.

El patrón de asentamiento característico de estas personas nombradas por distintos apelativos era el ribereño, con aldeas tanto en islas como a lo largo de las riberas, incluyendo zonas de várzea. El modo de producción combinaba el cultivo (yuca, maíz...) con la pesca, caza y recolección. Hasta mediados del siglo XVII, solo un cronista apunta que estos grupos mantenían esclavos en el ámbito familiar, y que eran muy apreciados. Si bien no hay consenso en su número, la población de estos grupos se estima en decenas si no centenares de miles. Respecto al nombre más usual para denominar a estos grupos, y que irá cobrando importancia desde mediados del siglo XVII en adelante, hay varias explicaciones. Teniendo presente los contactos confirmados entre el mundo incaico y las culturas amazónicas, aquí se apunta la posibilidad que sea una palabra exógena en el “idioma del inca” (quechua, kichua, kichwa), haciendo referencia a cabeza (“uma”) y alta (“ahua”); en el sentido simbólico de autoridad o jerarca. Otra posibilidad no excluyente sería que el nombre original (no “dado” por otros) fuera sólo “agua”, “ahua”, “awa” (gente en tupi-guaraní). En la parte de ocupación brasileña se los conocerá como cambebas: “cabeza chata” en tupí, de “akang”, cabeza, y “pewa”, chata.

Uno de los marcadores culturales asociados a los omaguas históricos ha sido la Fase arqueológica homónima del río Napo, con tres fechados entre los siglos XII y XV. La Fase Napo forma parte de la Tradición Polícroma Amazónica, que ha sido vinculada al tronco tupí, cuyo grupo más occidental, familia lingüística tupí-guaraní, serían precisamente los omaguas. En la zona ecuatoriana, los informes de arqueología de rescate desde la década de 1990 han arrojado datos sorprendentes. Esta Fase no solo se halla en las riberas de ese río y sus afluentes, como el Aguarico, el Tiputini o el Coca; sino en zonas interfluviales y en ceja de selva hasta los 800 m.s.n.m. En la zona peruana, estudios prospectivos recientes arrojan una alta concentración de sitios arqueológicos de la Fase Napo en la confluencia con el Curaray, lo

que confirmaría las primeras crónicas en el sentido que allí se encontraba la capital de la “Aparia menor”. Sin embargo, hay que subrayar la complejidad en vincular cultura arqueológica - grupo étnico, que puede conllevar fácilmente a error. Distintos grupos lingüísticos pueden utilizar una misma cerámica y, a lo largo de la extensión territorial de los supuestos omaguas antiguos, hay presencia de varias Fases arqueológicas.

Si se asume que la identidad es un proyecto en construcción permanente, el caso de los supuestos omaguas en las primeras crónicas es paradigmático. Será precisamente el proceso de colonización europea, como consta más tarde en las crónicas de la segunda mitad del siglo XVII y siglo XVIII, hasta la expulsión de los jesuitas, que los irá conformando como tales, como omaguas/cambebas, ya sea por definición externa, ya por autoidentificación con base en la toma de conciencia y construcción de la propia identidad en conflicto con el otro.

Notas

¹ De acuerdo con Myers (1981): “[...] ni Lowie ni Steward parecen haber tomado en cuenta acertadamente el sentido de la diferencia entre los relatos de los pueblos del Bosque Tropical en los siglos XVI y XVII [...] y aquellos de fines del XIX y comienzos del XX. Quizás porque simplemente creían que las fuentes tempranas no eran confiables porque habían sido escritas por aventureros cegados por la codicia del oro, o, por misioneros que sacaban ventaja de sus desmesuradas expectativas [...] el análisis de estas fuentes iniciales conlleva una imagen bastante diferente a la presentada por observadores posteriores” (p. 34). Contra crítica en Meggers (1992).

² Desgraciadamente, hasta hoy no se conoce el supuesto documento escrito por el franciscano Domingo de Brieva, lo que sin duda aportaría en esclarecer el rompecabezas socio-cultural del Amazonas de principios del siglo XVII.

³ Grohs (1974), citando la expedición de Diego de Vaca [sic], es decir, Diego Vaca de Vega (a partir de Marcos Jiménez de la Espada), apunta que en el río Tigre (llamado también “río omagua”), en el actual Perú, vivían muchos omaguas, aunque al ser una relación con inexactitudes quizás no sea acertado (p. 23).

⁴ Ferrer los visita en 1606-07; otros jesuitas de la época que los citan son Simón de Rojas y Umberto Coronado, quienes visitan la misión de San Juan de los Omaguas en 1621 (Oberem, 1981 [1961], pp.364-366).

⁵ Para un buen ejemplo de cómo se “daban nombres” véase Vila, 2000; en este caso en referencia a los yámanas.

⁶ De acuerdo con Acuña (1891 [1641]): “Los nombres de las Provincias que le habitan, son: Yurunas, Guaricús, Yacariguaras, Parianas, Ziyus, Atuais, Cunas, y los que más á sus principios de vna y otra vanda, como señores deste Rio, le pueblan, son los Omaguas, á quienes los Aguas de las Islas llaman Omaguasyeté, que quiere decir Omaguas verdaderos” (pp. 124-125).

⁷ Oberem (1981 [1961], p. 370), citando a Figueroa y a Vázquez de Espinosa (ambos en el S. XVII), y a Fritz (finales S. XVII, principios del XVIII).

⁸ Las leguas solían expresar la distancia que una persona caminando a pie pueda recorrer durante una hora, así que se puede establecer en unos 5,5 kilómetros, aunque la distancia no es muy fiable.

⁹ “Ya Marcos Jiménez de la Espada ha expresado la opinión de que en el caso de los habitantes de Aparia debía tratarse de Omaguas porque a su parecer la palabra ‘Aparia’ es compuesta por ‘abba’ que significa padre o señor en el idioma Omagua y ‘aria, arian o ariana”.

¹⁰ Porro (1996 [1981]) ubica Oníguayal entre los ríos Coari y Purús.

¹¹ De acuerdo con de la Cruz (1942 [1651]) para los “omaguas” del Amazonas: “Tenían sus casas, que eran 28, en las orillas del río, hechas de madera y cubiertas de palmichas, que allá llaman Pinagua, todas puestas en hilera á manera de Galeras entoldadas con la proa hácia el río, todas muy juntas las unas con las otras, y cada una con dos puertas, una para el río y otra para el monte” (p. 44). No deja de complejizar la situación cuando Acuña (1891 [1641], pp. 129-31) habla de unos Curis, y luego de unos Curuzizarís a veintiocho leguas (unos 154 km) más abajo del río Yuruá (Juruá), con vasijas, narigueras, pendientes... En todo caso, Acuña deja claro que el Yuruá está a veinticinco leguas (unos 137 km) “del último pueblo de los Aguas”.

¹² Steward (1963 [1948], p. 508) aporta un mapa muy general de las culturas de la Amazonia precolombina cuyos límites para los omaguas no se han incluido aquí.

Referencias

- ACUÑA, C. de (1891 [1641]). *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*. Madrid: Colección de libros que tratan de América raros o curiosos.
- ALMESTO, P. de (2012 [1562]). *Relación de la Jornada de Omagua y El Dorado*. Edición de Álvaro Baraibar. Nueva York: IDEA/IGAS.
- ARELLANO, A. J. (2018). Documentos, mapas y arqueología: descifrando dos grupos étnicos entre 1400 y 1600 en la Amazonia norte de Ecuador, algunas inferencias. *Revista Brasileira de Lingüística Antropológica*, 10(2), 237-263. <https://doi.org/10.26512/rbla.v10i2.20939>
- BARTH, F. (1976 [1969]). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE.
- BAYLE, C. (1961 [1995]). Quito y el Amazonas. En O. Latorre (Ed.), *La Expedición a la Canela y el Descubrimiento del Amazonas* (pp. 233-246). Quito: Artes Gráficas Señal.
- BELLETTI, J. da S. (2015). *A arqueologia do Lago Tefé e a Expansão Polícroma* (Tesis de maestría). Universidade de São Paulo (Museu de Arqueologia e Etnologia), São Paulo, Brasil.

- BROCHADO, J. P. (1989). A expansão dos Tupi e da cerâmica da tradição policrômica amazônica. *Dédalo (São Paulo)*, (27), 65-82.
- BURGOS GUEVARA, H. (2005). *La crónica prohibida. Cristóbal de Acuña en el Amazonas*. Quito: FONSAL.
- BURGOS GUEVARA, H. (2014). “Cartas Annuas” del jesuita Rafael Ferrer en la región amazónica de los Quixos, 1603-1606. En VV.AA., *Memorias del Primer Simposio de Historia Amazónica*. Quito: Academia Nacional de Historia del Ecuador.
- CABRERO, F. (2014a). La Fase Napo en la arqueología de rescate. En S. Rostain (Ed.), *Antes de Orellana. Actas del 3er Encuentro Internacional de Arqueología Amazónica* (pp. 389-397). Quito: IFEA/FLACSO/Embajada de los EE.UU.
- CABRERO, F. (2014b). *Omaguas: Cataclismo amazónico* (Tesis de doctorado). Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, España.
- CABRERO, F. (2019). Informe expedición Curaray-Napo 2019. Documento no publicado.
- CARVAJAL, G. de (1958 [s.f.]). *Descubrimiento del río de Orellana*. J. A. Garcés G. (Ed.). Vol. 28 de publicaciones del Archivo Municipal. Quito: Museo de Arte e Historia.
- CHAUMEIL, J.P. et Fraysse-Chaumeil, J. (1981). “La Canela y El Dorado”: Les indigènes du Napo et du Haut-Amazone – au XVI^e siècle. *Institut Français d’Études Andines*, X(3-4), 55-86.
- CHILTON, E. S. (Ed.). (1999). *Material Meanings: critical approaches to the interpretation of the material cultures*. Salt Lake City: University of Utah Press.
- CRUZ, L. de la (1942 [1651]). *Nuevo descubrimiento del río de las Amazonas hecho por los misioneros de la Provincia de San Francisco de Quito el año 1651*. Quito: Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas.
- DEBOER, W. R. (1981). Buffer Zones in the Cultural Ecology of Aboriginal Amazonia: An Ethnohistorical Approach. *American Antiquity*, 46(2), 364-377. <https://doi.org/10.2307/280216>
- DENEVAN, W. M. (1980 [1976]). La población aborígen de la Amazonía en 1492. *Amazonia peruana*, II(5), 3-41.
- DRUMOND, C. (1950). A carta de Diogo Nunes e a Migração Tupi-Guarani para o Peru. *Separata da Revista de História*, 1, 95-102. <https://doi.org/10.11606/issn.2316-9141.v1i1p95-102>
- ESPINOSA, L. (1935). *Los tupí del oriente peruano. Estudio lingüístico y etnográfico*. Madrid: Publicaciones de la Expedición Iglesias al Amazonas / Imprenta de Librería y Casa Editorial Hernando S. A.

- EVANS, C. y B. J. Meggers (1968). *Archaeological Investigations on the Rio Napo, Eastern Ecuador*. Washington: Smithsonian Institution Press. <https://doi.org/10.5479/si.00810223.6.1>
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO y Valdez, G. (1992 [1565]). Relación del descubrimiento del río Amazonas. En O. Latorre (Comp.), *Fray Gaspar de Carvajal (1541-1542). Relación del nuevo descubrimiento del río grande las Amazonas* (pp. 141-166). Guayaquil: Museo Antropológico del Banco Central de Guayaquil.
- GROHS, W. (1974). *Los indios del Alto Amazonas del siglo XVI al XVIII. Poblaciones y migraciones en la antigua provincia de Maynas*. Bonn: Estudios americanistas de Bonn.
- HEMMING, J. (1978). *Red Gold: The Conquest of the Brazilian Indians, 1500-1760*. Cambridge: Harvard University Press.
- LATHRAP, D. W. (1972). Alternative models of population movements in the tropical lowlands of South America. En *XXXIX Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 13-23). Lima: Actas y Memorias Vol. 4.
- LATHRAP, D. W. (2010 [1970]). *El Alto Amazonas*. Lima: Instituto Cultural Runa/Chätäro Editores.
- MACIEL, B. (2003). *Identidade como articulação de novas possibilidades; etno-história e afirmação étnica dos Cambebas na Amazônia brasileira* (Tesis de maestría), UFAM, Manaus, Brasil.
- MEGERS, B. J. (1992). Prehistoric population density in the Amazon basin. En J. W. Verano and D. H. Ubelaker (Eds.), *Disease and demography in the Americas* (pp. 197-205). Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
- MEGERS, B. J. (1999 [1971]). *Amazonia, hombre y cultura en un paraíso ilusorio*. México: Siglo XXI Editores.
- MÉTRAUX, A. (1963 [1948]). Tribes of the Middle and Upper Amazon River. En J. H. Steward (Ed.), *Handbook of South American Indians. Volume 3: The Tropical Forest Tribes* (pp. 687-712). New York: Cooper Square Publishers, inc.
- MORALES CHOCANO, D. (2002). Contactos entre cocamas y shipibos: un acercamiento arqueológico en la Amazonia peruana. *Investigaciones sociales*, 6(10), 47-70. <https://doi.org/10.15381/is.v6i10.8092>
- MORAES, C. de P. y E. G. Neves (2012). O ano 1000: Adensamento populacional, interação e conflito na Amazônia Central. *Amazônica*, 4(1), 122-148.
- MOSQUERA, A. (2017). Cerámica Tivacuno asociada a suelos negros en la cuenca del Río Napo, Provincia de Orellana, Ecuador. Póster científico presentado en el *IV Encuentro Internacional de Arqueología Amazónica* (Trinidad, Bolivia, 1-7 octubre 2017).

- MYERS, T. P. (1976). Defended Territories and No-Man's-Lands. *American Anthropologist*, 78, 354-355. <https://doi.org/10.1525/aa.1976.78.2.02a00230>
- MYERS, T. P. (1981). Hacia la reconstrucción de los patrones comunales de asentamiento durante la prehistoria de la cuenca amazónica. *Amazonía Peruana*, IV(7), 31-63.
- MYERS, T. P. (1988a). El efecto de las pestes sobre las poblaciones de la Amazonía Alta. *Amazonía Peruana*, VIII (15), 61-81.
- MYERS, T. P. (1988b). Visión de la Prehistoria de la Amazonia Superior. En *I Seminario de Investigaciones Sociales en la Amazonia* (pp. 37-87). Iquitos: CAAAP, CETA, CIAAP-UNAP, CIPA, CONCYTEC, IAP, INC, UNAP.
- MYERS, T. P. (1989). The Expansion and Collapse of the Omagua. En *Symposium nº 109 "Amazonian Synthesis: An Integration of Disciplines, Paradigms, and Methodologies"* (June, 2-10, 1989, Nova Friburgo, Brazil).
- NEWSON, L. A. (1996). The Population of the Amazon Basin in 1492: A View from the Ecuadorian Headwaters. *Transactions of the Institute of British Geographers, New Series*, 21(1), 5-26. <https://doi.org/10.2307/622921>
- NOELLI, F. S. (2008). The Tupi Expansion. En Silverman, H. and Isbell, W. H. (Eds.), *Handbook of South American Archaeology* (pp. 659-670). Springer: New York. https://doi.org/10.1007/978-0-387-74907-5_33
- OBEREM, U. (1981 [1961]). Un grupo indígena desaparecido del oriente ecuatoriano. En Moreno Y. S. y Oberem, U. (Comp.), *Contribución a la etnohistoria ecuatoriana* (pp. 355-389). Otavalo: IOA/Serie: Etno-historia.
- OLIVEIRA SOUZA, R. (2014). *Omágua: invenção e trajetória de uma categoria étnica colonial no alto amazonas: séculos XVI-XVII* (Tesis doctoral). PUC, Santiago, Chile.
- ORTIGUERA, T. de (1909 [1585]). Jornada del Rio Marañón con todo lo acaecido en ella, y otras cosas notables dignas de ser sabidas, acaecidas en las Indias Occidentales. En M. Serrano y Sanz, *Historiadores de Indias*, tomo II (pp. 305-422). Madrid: Bailly, Bailliere e Hijos.
- PORRO, A. (1996 [1981]). Os omaguas do século XVII. Demografia e padres de povoamento. En A. Porro, *O povo das águas. Ensaios de etno-história amazônica* (pp. 91-110). Petrópolis: Vozes.
- RIVAS PANDURO, S. y Myers, T. (2005). Ocupación arqueológica en Orán, río Amazonas, Loreto – Perú. *Supay: Revista de Humanidades y Ciencias del Hombre*, 6(5), 133-180.
- RIVAS PANDURO, S. (2015). Cerámicas arqueológicas dentro de la zona monumental de la ciudad de Iquitos, Amazonía peruana. En A. Bolaños Baldassari (Comp.), *Amazonas. Ruta Milenaria II. El curso de los ríos, los pueblos y sus territorios* (pp. 355-362). Lima: Ediciones Copé / Petroperú SA.

- STEWART, J. H. (1949). The native population of South America. En J.H. Stewart (Ed.), *Handbook of South American Indians. Volume 5* (pp. 655-668). Washington: Smithsonian Institution.
- STEWART, J. H. (Ed.). (1963 [1948]). *Handbook of South American Indians. Volume 3: The Tropical Forest Tribes*. New York: Cooper Square Publishers, inc.
- SWEET, D.G. (1969). *The population of the Upper Amazon Valley, 17th and 18th Centuries* (Tesis de maestría). Universidad de Wisconsin, Wisconsin, EE.UU.
- VÁZQUEZ, F. (2007 [1562]). *El Dorado. Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*. Madrid: Alianza Editorial.
- VIDAL, S. (1993). *Reconstrucción de los procesos de etnogénesis y de reproducción social de los Baré de Rio Negro (Siglos XVI-XVIII)* (Tesis doctoral). Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Miranda, Venezuela.
- VILA, A. (2000). Dadores de nombres/dadores de identidad. Secuencia para la Tierra del Fuego. En VV.AA (Coords), *Estrategias de poder en América Latina* (pp. 45-59). Barcelona: Universitat de Barcelona.
- WILSON, D. J. (1999). *Indigenous South Americans of the Past and Present. An Ecological Perspective*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- WHITEHEAD, N. (1994). The ancient Amerindian polities of the Amazon, the Orinoco, and the Atlantic coast: a preliminary analysis of their passage from antiquity to extinction. En A. C. Roosevelt (Ed.), *Amazonian Indians from prehistory to the present* (pp. 33-54). Tucson: University of Arizona Press.